

«*Expresión y reunión (1941-1969)*»,
de Blas de Otero*

La aparente rareza del título no es tal si pensamos que el volumen recoge una antología ordenada por el propio autor. Está claro que a lo primero responde la palabra *reunión*. Pues bien, a lo segundo (selección de autor) responde la palabra *expresión*. Porque me parece que Blas de Otero ha querido reunir aquello que más le *expresa expresando*, esto es: lo que considera, dentro de su obra, más fiel a su concepto actual de la poesía: «crear vida expresándose con absoluta fatalidad»; «expresar digna y escuetamente cuanto has experimentado»; «realizar en la expresión la realidad». Estas frases tuyas, precisamente de uno de sus más recientes libros —*Historias fingidas y verdaderas*— me parecen reveladoras.

Por otra parte, el hilo etimológico de *expresión* nos lleva al sentido de 'poner fuera', de 'sacar', y el de *reunión* al concepto de 'hacer uno'. Y si recordamos que *expresión*, en matemáticas, es el conjunto de términos que representa una cantidad, ambas palabras (*expresión y reunión*) abocan, en definitiva, a la idea de unidad en la labor, de coherencia y de totalidad que la obra de este gran poeta presenta en el conjunto de las trescientas páginas antológicas.

Tampoco será difícil deducir de lo dicho que Otero

* Colección «La palma de la mano». Ediciones Alfaguara. Madrid y Barcelona, 1969.

ha prescindido, en alguna medida, para esta selección de sus poemas menos concordantes o, lo que es lo mismo, de su línea más metafísica y existencial.

Me apresuraré a aclarar, sin embargo, que el poeta se muestra —y ello abona su autenticidad— solidario con todos sus libros. *Poemas anteriores* (llamados por él así los escritos poco después de los veinte años); muestras de *Cántico espiritual* (entrega que generalmente olvidan los críticos, pero cuya prueba de una formación sanjuanista y frayluisiana no me parece baladí) donde ya aparece Yavé, el Dios bíblico y terrible con el que luchará, como Jacob toda una noche, el *Ángel fieramente humano*, libro en cuya representación no faltan —pese a lo dicho en cuanto a intención selectiva— aquellos gritos existenciales e imprecatorios que estremecieron la poesía española de 1950 con la aparición de uno de los mayores poetas de la postguerra. Ya en *Redoble de conciencia* está toda la carga de explosión humana, la rebeldía frente a viejos mitos que encrespa el verso de Otero desde que se resolvió en aquel alejandrino lapidario: «Definitivamente, cantaré para el hombre», y su dedicación «a la inmensa mayoría» que constituye un hito en la poesía española contemporánea. «Ando buscando la causa del sufrimiento», dirá con angustia, y «escribo como escupo», añadirá con indignación, en los poemas intermedios de *Ancia*, hasta simplificar —en difícil sencillez— su expresión para el clamor y la denuncia, para el testimonio y la contemplación activa y beligerante de las tierras de España, que culmina en *Pido la paz y la palabra* (1955).

Si he sostenido —y sostengo— la posibilidad de una linde entre la poesía social y la poesía política, he admitido —y admito— su vulnerabilidad. Es obvia su mutua implicación cuando la conciencia del poeta va más allá del testimonio y del dolor. Puede ir a un combativo deseo de transformaciones sociales, lo que en un gran poeta como es éste, conmueve poéticamente raíces biográficas, familiares, amorosas, esto es: líricas, que al aliarse con la incorporación de lo objetivo (narración, testimonio, aconteceres inmediatos, esto es: épica) crea una poesía de singulares valores, pródigamente hallables *En castellano* (1959) y en *Que trata de España* (1964).

Conocida es la maestría, la *clasicidad* de Blas de Otero. Sabida su veta trágicamente española: Fray Luis, Quevedo, Unamuno (por más que él le haga ascos), Machado. Es curioso que un poeta tan «lanzado al exterior», tan debelador de mitos y de convencionalismos tradicionalistas, sea posiblemente el más herido, el más obsionado por el dolor de España no ya de su generación, sino desde el noventa y ocho. (Un dato: entre sesenta y cinco autores incluidos por José Luis Cano en su antología sobre «El tema de España», fue él de quien mayor selección hubo de hacerse, con una enorme diferencia).

No hay manera de tratar en esta nota, de espacio previamente limitado, cuanto tan importante volumen antológico de Otero sugiere. Hay que añadir, sin posibilidad de análisis, ni aun somero, que la última quinta parte recoge muestras de tres libros totalmente

inéditos. (No se olvide tampoco que *En castellano* se editó sólo en Francia, y que, publicado completo en París *Que trata de España*, nada más cuenta con una edición española parcial). *Poesía e Historia* (escrito en 1960), *Historias fingidas y verdaderas* (escrito en 1966 y 1967) y *Hojas de Madrid* (de 1968 y 1969). En el primero, canta su estancia en Cuba, y afirma, una vez más, que el poeta apuesta todo a una palabra: «la única que escoge, a cambio de su vida *expresada*» (subrayamos nosotros). En el tercero, su retorno a Bilbao y Madrid le hace nacer, o revivir, un niño que, de pronto, vemos cruzar por los poemas. El segundo es una colección de prosas breves, de extraordinaria calidad. No se trata de prosa poética, sino de poemas en prosa —que no es lo mismo— donde reconocemos al mejor Blas de Otero.

Ciertamente Blas de Otero es el poeta más dotado de los últimos veinte años. Sus procedimientos estilísticos —ya estudiados por críticos atentos— de los que nada voy a decir ahora, se multiplican y consiguen una expresividad como sólo los más grandes poetas logran. Aquellos que creen poder dividir la obra de Otero en dos etapas y conceden los mayores elogios a la primera, porque en la segunda hace voluntaria dejación de algunos de sus magistrales valores retóricos, parecen olvidar que la capacidad creadora del poeta reside también en la renovación de sus medios expresivos, así como que sólo un maestro es capaz de lograr la sencillez (recuérdense las sutiles definiciones juanramonianas al respecto). Otero es dueño de un lenguaje

excepcional y, ya en el soneto de apretada tensión, ya en el endecasílabo fragmentado en entrecortados sub-versos, o —al revés— en el versículo de ritmos yuxtapuestos, logra una de las poesías más hermosas, nobles, humanas y comunicadoras de la literatura española.

LEOPOLDO DE LUIS

Sobre poesía

Antonio Pereira es un poeta que no se ha apresurado a publicar libro. Nació en 1923 y su primer volumen de poemas, *El regreso*, aparece en 1964. Pero a partir de este momento, también sin apresurarse pero a ritmo constante, va publicando *Del monte y los caminos*, en 1966, y recientemente *Cancionero de Sangres*.^{*} Pareja a su obra como poeta ha publicado un libro de cuentos y una novela. Al mismo tiempo colabora asiduamente en periódicos y revistas. Este último libro de A. P. es un paso firme en la evolución de su poesía. El poeta posee una vena popular hondamente sentida y utiliza con frecuencia sus metros más apropiados. El romancero ha calado en su poesía y consigue versos llenos de claridad y penetración. En esta línea destaca su «Canción de la raya».

* Antonio Pereira. *Cancionero de Sangres*. Arbolé J. Editorial Oriens. Madrid, 1969.